EL SACRIFICIO DE LAS HADAS

LAURA G.W. MESSER

El sacrificio de las hadas
© 2024, Laura G. W. Messer

© 2025, Editorial del Nuevo Extremo S.L.
Rosellón, 186, 5º- 4º, 08008-Barcelona, España
Tel (34) 930 000 865
e-mail: info@dnxlibros.com
www.dnxlibros.es

Diseño e ilustración de cubierta: Zari Beltrán (@zarimoth)
Edición: Iguazel Serón
Maqueta: Iguazel Serón

Primera edición: septiembre de 2025.

ISBN: 978-84-19467-69-0
Depósito legal: B 12991-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

EL SACRIFICIO DE LAS HADAS

LAURA G.W. MESSER

dN YOUNG ADULT

Para todas las aragonesas que un día fueron niñas que soñaban con hadas y bruxas y leyendas de nuestra tierra.

CAPÍTULO 1

Faltaban unas pocas horas para que comenzara la noche más corta del año, esa en la que se encendían hogueras y se celebraba el triunfo de la luz, y en el pueblo no se veía ni rastro de actividad festiva. Ni siquiera parecía un día normal. Las calles estaban más desiertas de lo acostumbrado y el sol que se reflejaba en los altos picos de la cordillera brillaba más frío.

O quizás esa solo fuera la impresión de Alberich. Llevaba menos de un año en Plan y no conocía sus costumbres.

Los pasos llevaron al joven hacia la única persona a la que podía preguntarle abiertamente sobre cualquier cosa. Sin embargo, la pequeña casa de la bruxa tenía la puerta cerrada y no salía humo de su chimenea. El día anterior tampoco la había visto, quizá…

—Ara no está —dijo una voz a su espalda.

Cantal, la hija de los panaderos, estaba plantada en mitad de la calle con un capazo colgado del codo y harina hasta las orejas. A pesar de que todavía tenía rasgos de niña, sus padres ya la tenían apalabrada en matrimonio con Marzal, el hijo del cazador, un muchacho que tenía cara de travieso y un cabello rubio trigo que lo asemejaba a un ángel. Pero Marzal no era travieso ni un ángel: era el mal encarnado.

—Eh, Cantal, ¿qué haces con el forano?

Ahí estaba, invocado por sus pensamientos como el djinn que era, con una sonrisa torcida repleta de malicia y esos ojillos verdes como los campos de alta montaña.

—Me lo acabo de encontrar —le bufó la chiquilla. Luego se volvió de nuevo hacia Alberich y le preguntó con suavidad—. ¿Venías a ver a Ara?

Él no contestó. Marzal se estaba acercando con las manos metidas en los bolsillos y casi prefería alejarse de ambos lo más rápido posible. Sin embargo, no daba con ninguna excusa para salir corriendo. El joven no se consideraba un cobarde, ni una persona tímida, pero con el hijo del cazador no había empezado con buen pie. Y tenía una presencia extraña que el instinto (y las faenas que le había hecho) le pedía que evitara.

—Pasas mucho tiempo con la bruxa, ¿no? —Marzal le pasó el brazo por los hombros a Alberich y lo atrajo hacia él como si fueran amigos—. Es demasiado mayor para ti. Vente con nosotros. El otro día Nieus hablaba de ti, igual le gustas aunque seas… —hizo un gesto con la mano libre para señalarlo por completo— así.

Alberich no tenía ningún espejo grande en su choza diminuta, pero cada día cruzaba el río y se veía reflejado en sus aguas transparentes. No tenía nada de malo; en otros pueblos las mozas lo miraban con ojos brillantes de deseo. Era cierto que, sin necesidad de tostarse bajo el sol de alta montaña, tenía la piel más oscura que la de los montañeses de ese valle, y los iris eran de un marrón tan oscuro que daba la sensación de que las pupilas se desbordaban. Aparte de eso, era lo que podían llamar una persona normal, con dos brazos, dos piernas y cinco sentidos. Claro que, en los lugares pequeños, se juzgaba cualquier diferencia con mucha más rabia.

—¿Qué quieres decir con «así»? —le preguntó a Marzal, tratando de desembarazarse de él.

El cazador no se movió y Alberich valoró cómo de malo sería darle el puñetazo en la garganta que tanto se merecía.

«Sería un desastre», pensó solo un instante después. Controló la ira por miedo a las consecuencias. «Tendría que despedirme de Ara y, además, el padre de este idiota querría acribillarme a flechazos».

—Eres forano, moro y, probablemente, tienes creencias extrañas que ninguna madre va a querer para su hija. Puede que sirvas para un pajar, pero no para un hogar. —Le dio un par de palmadas en la mejilla, demasiado fuertes para ser amistosas—. ¡Alégrate, forano! Tienes todo lo bueno.

—Marzal… Déjalo en paz.

De algún modo del que Alberich no fue del todo consciente, fue el otro joven el que lo apartó de un empujón y, en un parpadeo, Marzal ya se alejaba por la calle del río, discutiendo con Cantal. Ni aun con sus voces elevadas salió nadie a reprenderlos. Solo cuando desaparecieron por detrás del molino, él pudo moverse. Se puso en marcha con un único objetivo en mente: darle a ese indeseable lo que se merecía.

Los siguió, leyendo sus huellas bien claras en el sendero de tierra río arriba. A unos cuantos minutos se encontraba una laguna y, a un par de horas, el ibón de la Basa de la Mora. Aunque no hubieran dejado pisadas en la tierra, Alberich los habría encontrado; cuando llegó al pueblo buscando trabajo y se ofreció a ser cazador, no lo había dicho porque sí: sabía seguir rastros y sabía manejar armas para abatir presas.

En la laguna de las lavanderas, se encontraba casi la mitad de los jóvenes de Plan. Dos mozos y cuatro mozas que charlaban tranquilamente y que callaron en cuanto lo vieron acercarse. Burnau, la más mayor de todos, colocó los brazos en jarras y se le acercó, examinándolo de pies a cabeza.

—¿Es que piensas subir con nosotros a la Mora?

—¿Vais a subir ahora? —preguntó él, de forma automática. Se le desviaron los ojos hacia el cielo, pronto el sol quedaría oculto tras los picos—. Se hará de noche.

—Precisamente. —La voz de Burnau era tan burlona como cantarina—. Es la tradición. ¿No la conoces?

—Cómo va a conocer nada, si él viene de un sitio sin ibones —protestó Nieus. Con una sonrisa tímida, le preguntó—: ¿Qué se hacía en tu tierra, Alberich?

Quizás en eso el malévolo Marzal no mentía: Nieus lo miraba con las mejillas sonrojadas y se tocaba mucho la punta de la trenza que le caía sobre el hombro.

—Encendíamos hogueras para iluminar toda la noche. Y había música y bailes en torno al fuego.

—Salvajes… —Escuchó que uno de los muchachos le susurraba al otro.

—Aquí la tradición es subir a la Basa de la Mora. Se llama así porque una mujer de las tuyas sale del agua, toda desnuda como una bárbara y toda enjoyada como una reina. Y baila con serpientes. Nos quedamos toda la noche viendo su danza. Se mueve como si estuviera hechizada, ¿sabes? Parece que no nos viera.

—Ara dice que es magia —intervino uno de los chicos. Pronunció la palabra magia con miedo y desprecio, aunque a la bruxa la respetaba—. Que era una reina mora que subió a la montaña tratando de huir de la guerra y se cayó al ibón. Su cuerpo debe de estar todavía bajo el agua y, una vez al año, en el aniversario de su muerte, sale para tratar de escapar.

—Quizá por eso baila tan raro —se rio el otro chico.

—O quizá no es magia y está viva. Igual a ti, que eres como ella, te hace caso.

Alberich los observó con detenimiento. No sabía si le estaban tomando el pelo o no, pero nada de eso le interesaba. Explicaba por qué no había visto nada preparado para la celebración en el pueblo, eso sí. Debía centrarse en lo que le importaba, ahora que había tomado una decisión. O arreglaban las cosas (había visto a hombres convertirse en grandes amigos después de sacudirse puñetazos), o la fastidiaba para siempre y debía abandonar el pueblo y buscar a otra bruxa.

—¿Dónde está Marzal? —preguntó muy serio. Cruzó los brazos sobre el pecho y se hinchó para parecer todavía más grande. Si antes de llegar al pueblo había sido atlético, tras más de medio año talando pinos, hayas y abetos, sus hombros y brazos eran tan fuertes como el hacha que blandía—. Ha pasado por aquí hace nada con Cantal.

—Subían ya al ibón —respondió Burnau con una sonrisita—. Nosotros estamos esperando a los demás para darles… tiempo a solas.

«¿Tiempo a solas?», pensó Alberich con horror. Cantal era demasiado joven.

Enfiló el camino hacia la Basa de la Mora sin molestarse en despedirse de los demás, ni tampoco en contestar nada cuando escuchó a Burnau decir en ese tono burlón suyo:

—Sí que tenía razón Marzal al temerse que esas miradas que le echas son impías y desviadas.

El sendero se convirtió con rapidez en poco más que una línea estrecha de hierba chafada por el tránsito ocasional. El camino serpenteaba montaña arriba, cada vez más inclinado, cada vez menos visible conforme el sol desaparecía. Cuando quedó oculto, una luz fría y gris flotó poco a poco hasta apagarse.

Alberich debería haber sido más listo, menos impulsivo, y pensar en que necesitaría un candil para moverse en la oscuridad, al menos hasta que las estrellas y la luna quedaran bien visibles en el cielo y bastaran para iluminar el terreno.

Se tropezó varias veces y se cayó al suelo un par. Con dolor en la rodilla y la visión cansada de tanto forzarla en la oscuridad, llegó al ibón. Solo había subido una vez antes (de día, claro), y estaba seguro de que entonces fue mucho más rápido. En la noche, su velocidad disminuía, como si un barro denso atrapara sus movimientos. Se respiraba tal quietud, aroma a humedad y flores, que la visión de la luna flotando sobre el agua le llenó el corazón de paz. Los pulmones le ardían por la subida, pero ese ambiente merecía la pena, lo calmaba y…

Un sobresalto.

No veía luces. No escuchaba voces. No parecía que Marzal y Cantal estuvieran allí. Quizá… Alberich comenzó a rodear la balsa sin detenerse a pensar que dar la vuelta en la oscuridad podría tomarle tanto tiempo como el ascenso. Lo cierto era que no estaba pensando en absoluto. Cegado por el arrebato

iracundo, ni se había parado a buscar rastros mientras recorría el sendero cuando todavía quedaba luz. Tampoco se le ocurrió que, si los demás jóvenes de Plan iban detrás de él, ellos sí habrían sido previsores y llevarían antorchas y farolillos. Y deberían haberlo alcanzado ya.

Llegó al extremo opuesto del ibón, al arroyo que se ahogaba en la balsa, y aprovechó para beber. El agua helada le subió hasta la coronilla, congelándole los pensamientos rabiosos. Entonces, Alberich fue capaz de ver la retahíla de errores que había cometido.

Allí no había nadie, se había dejado engañar por ese puñado de mozos cerrados de mente. Lo habían lanzado a la montaña solo, desarmado y ciego. Allí había osos y lobos y él no se lo había pensado dos veces. Se había jurado que no volvería a ser así, que no dejaría que los impulsos nublaran su juicio, que no…

Algo se movía en el agua. Un sonido húmedo, la luna se deshizo en ondas. Al joven le temblaron las manos y trató de calmarse, de encontrar el modo de seguir los consejos de Ara. Sin embargo, cuando distinguió una figura surgiendo del ibón, todo en él se silenció. Una joven. Gracias a la luz de las estrellas, el agua que se deslizaba por su piel se asemejaba a una cascada de plata y diamantes.

No bailaba ni la rodeaban serpientes como había contado Burnau. Tampoco estaba desnuda o cubierta de joyas. Pero era imposible apartar los ojos de ella. Imposible respirar a un ritmo distinto del que marcaban sus pasos aproximándose a él. Alberich no podía moverse, solo desear que llegara pronto. Deseaba su cercanía y la luz para poder contemplarla como se merecía, porque una criatura que surgía de un lugar tan legendario, de los restos de un glaciar milenario, era merecedora de admiración.

Alberich no era digno de su presencia y, por supuesto, no era digno de mirarla, pero era incapaz de apartar los ojos de ella. Cuando llegó al borde del ibón, ella extendió la mano hacia

delante en una súplica silenciosa. Él avanzó y la aceptó sin siquiera plantearse no hacerlo. Olía a gencianas, rosas y frescor de bosque. Olía dulce y ácida, y a algo imposible. El roce de la mano era cálido a pesar de que acababa de salir de un agua casi helada; los dedos se adaptaban entrecruzados como si los hubieran esculpido solo para ese momento.

La joven del lago tiró de él hacia el ibón. Cristales de hielo le mordieron la piel al avanzar, al seguirla. Primero los tobillos, luego los gemelos, los muslos. El agua le rozó el abdomen y ya no pudo controlar los temblores. Ella lo atrajo y lo rodeó con los brazos, inclinándose sobre él. El agua helada hizo que los músculos de la espalda se le contrajeran. Siseó cuando le mojó la nuca.

Un resplandor surgió bajo ellos, tan frío como el resto de la noche, e iluminó los rasgos de la mujer misteriosa que se cernía sobre él, que lo sumergía poco a poco sin dejar de mirarlo.

«Ojos verdes», pensó Alberich con la única hebra de raciocinio que le quedaba. «Hadas. Un hada va a ahogarme».

No se movió mientras ella lo empujaba. No peleó cuando las aguas se cerraron sobre ambos y los ahogaron en la luz. No pudo hacer otra cosa más que desear que esa hada lo abrazara y compartiera su calor.

CAPÍTULO 2

El aire entró de sopetón en el pecho de Acaulis, demasiado limpio en comparación con el que se respiraba en el mundo al otro lado, y ella fue consciente del peso del cansancio. La boca le sabía a maldito hierro, a agotamiento y a victoria. Un par de brazos cálidos y reconfortantes la ayudaron a salir del agua y arrastrar a su presa y salvación. El humano estaba inconsciente.

—Lo has hecho bien —le susurró Galanthus, envolviéndola en un abrazo de alivio—. Has sido muy rápida.

Después le dejó espacio para que respirara y se recuperara. Con un gesto, les indicó a las hadas, que esperaban apartadas, que podían llevarse al humano. Juntas y en silencio, Galanthus y Acaulis observaron cómo lo secaban un poco y dejaban a su lado ropas más adecuadas al clima de su nuevo hogar.

Acaulis casi no se había fijado en el joven que se había llevado, solo en que era la única persona disponible cuando había temido encontrar el ibón desierto. Los tiempos habían cambiado para los humanos y ya no celebraban sus fiestas allí. Antes consideraban un honor ver a una de su especie y no les importaba dejar su mundo atrás para pagar por ello. Ahora se aferraban a sus raíces.

Su amiga Galanthus le entregó un vestido seco para que se cambiara aunque el frío no la molestara demasiado. Acaulis lo hizo, despojándose del tono blanco de la luna para volver a su habitual azul acero, el azul de las flores que le daban nombre.

—Gala, ese joven estaba en el ibón. Por eso he sido tan rápida, porque no he tenido que atraerlo a larga distancia.

Se puso en pie, un poco más descansada y mucho más inquieta, y se acercó al lecho en el que habían dejado a su víctima. Inconsciente, parecía un joven común y sin marcas extrañas. No daba la impresión de estar malnutrido como otros que lo precedían, era grande, incluso fuerte. Y tenía un rostro bonito. Su piel morena fue lo que hizo que Acaulis tragara saliva, maravillada. No era un rasgo común entre los montañeses, que a lo sumo se tostaban o enrojecían bajo el sol. Tampoco era un rasgo común entre las hadas de su tierra: ella era una excepción.

Tanto el tono excepcional de su piel como el hecho de que él la esperara en el ibón se sumarían a los problemas habituales (o los que ella consideraba que serían habituales) de llevarse un humano.

—¿Qué crees que significa eso? —le preguntó Galanthus.

Había una inquietud en ella que trataba de esconder tras esos ojos de un gris tan claro que parecía humo. Y esa desazón se trasladaba hasta Acaulis en una conexión que le recordaba todos los años que pasó atrapada en el hielo del glaciar, escuchando las palabras de su amiga.

—Habrá que verlo, pero nada bueno, probablemente.

Entrelazaron los dedos en un gesto de consuelo mutuo y volvieron a sumergirse en un cómodo silencio. Debían esperar a que el humano despertara y los preparativos para la fiesta se ultimasen. Seguro que ya se había corrido la voz de que su reina estaba de vuelta y todas las hadas vibraban ansiosas por conocer cada detalle. Querrían ponerle dedos y garras encima a su nuevo salvador, muertas de curiosidad y con ganas de novedades.

—¿Debo protegerlo o permito que lo arrastren a la vorágine? —le preguntó a Galanthus. Su amiga había visto lo que hacía su madre con sus presas, ella no.

Acaulis no llegó a obtener una respuesta: los párpados del humano temblaron antes de abrirse a un mundo nuevo que

lo dejó bloqueado unos momentos. Con unas palmaditas de ánimo, Gala se despidió, y la reina se acercó muy despacio al chico, sentándose en su lecho. No había que sobresaltarlo, era como un corzo perdido, con las pupilas enormes, aterrorizado y curioso.

Aunque la agotara todavía más, Acaulis forzó la magia a mezclarse con su voz, a tejer tranquilidad en los miembros tensos del joven, y le dijo:

—Es un placer darte la bienvenida al plano de Pyrenne, humano. Soy Acaulis Alpinum, reina de las hadas y protectora de tu cordillera. ¿Puedo saber tu nombre?

Él la miró con tal fijeza, apretando tanto los puños, que Acaulis no supo si quería atacarla o se la estaba comiendo con la mirada. Al menos hasta que se fijó en las puntas de las orejas y en las astas diminutas que le asomaban entre el pelo. Fue entonces cuando dio señales de entender la palabra «hada».

—¿Qué se supone que…? ¿Me has ahogado?

—Sé que el portal para traerte no es lo más cómodo —musitó ella, sin llegar a disculparse. No era el único que ahora sufría las consecuencias. Le tendió la mano con una sonrisa mínima, una que fuera sincera y tímida, precavida—. Ven conmigo. Hay una fiesta preparada para darte la bienvenida.

Él frunció el ceño, claramente confuso. En su rostro, las preguntas se formaban y disipaban con la rapidez de las tormentas en los altos picos. Una miríada de sentimientos se arremolinaban en ese par de ojos, oscuros como pozos, rodeados de pestañas espesas. Tras estar a punto de hablar un par de veces, carraspeó y se lamió los labios un segundo, antes de atreverse a preguntar por fin:

—¿Por qué?

Simple y llano. Humano. Siempre tenían que saber el por qué de todo, por eso costaba tanto darles respuestas.

—No quiero agobiarte con tanta información de golpe. Tienes demasiadas novedades a tu alrededor y…

La mano del humano salió hacia adelante a una velocidad poco usual entre esa clase de seres; y más si se tenía en cuenta

que Acaulis y el propio paso del portal suavizaban sus instintos para que se mostrara más receptivo. Nunca supo si iba a por su cuello o su pelo, solo que levantó el brazo y dejó que los dedos morenos del joven se le cerraran en torno a la muñeca.

Contempló un instante los tonos similares de su piel. En esos momentos, era cálida. Su sangre roja y humana palpitaba a tal velocidad que se preguntó si tendría un colibrí en el pecho en lugar de corazón.

—¿Por qué? —repitió él, y apretó el agarre.

Si Acaulis hubiera sido una mujer, los delicados huesecillos habrían crujido en protesta por el maltrato. Sin embargo, no lo era; y por eso, en lugar de alejarse, se acercó para mirarlo con ojos suplicantes.

—Porque te necesitamos. Solo tú puedes salvarnos.

El joven la soltó como si fuera corrosiva y retrocedió hasta dar con la espalda en la pared; una mueca de incredulidad se arrugaba sobre sus rasgos.

«Aun así es un ser bello», pensó Acaulis, observándolo con atención. Esa reticencia a colaborar y creerla era frustrante.

Sus compañeras hadas le contaban historias sobre su madre y en ellas los humanos siempre creían las palabras que la reina les susurraba. Sin embargo, ese no parecía en absoluto convencido por las suyas. Quizá no eran tan estúpidos como dejaba entrever una narración adornada por la nostalgia. A pesar de todo, y aunque no quería que su trabajo fuera más difícil de lo necesario, era estimulante pensar que debía esforzarse. Lo sencillo aburría.

—No te creo —siseó él con fuerza, con ira, con fuego en los ojos.

La sonrisa le salió sola.

—Soy un hada, humano, soy parte de la naturaleza, del bosque, de la montaña. Las hadas no podemos mentir. —Los labios de él se entreabrieron con una sorpresa que no lo era tanto. Eso era algo que se sabía sobre ellas, Acaulis solo se lo acababa de confirmar. Se inclinó con suavidad hacia él, que

trató de retroceder todavía más, estampándose contra la pared de madera del refugio, y le repitió con suavidad—: Te necesitamos. —Buscó dentro de ella su tono más suplicante, un poco más grave, más evocador, y se arriesgó a rozarle los nudillos—. Yo te necesito.

Si las hadas respondían a esa clase de estímulos, un humano debería derretirse. Sin embargo, él no dio muestras de rendición. Solo tragó saliva antes de levantar la barbilla con orgullo.

—¿Entonces también es cierto eso que dicen de que usáis los nombres para dominar?

Acaulis soltó una risita involuntaria y miró por encima del hombro. No había nadie dentro del refugio y afuera ya brillaban las mariposas nocturnas, las luciérnagas y las lámparas con hielo del glaciar. Un festival de luces coloreadas que haría que el humano enloqueciera.

—Te he dado el mío.

—¿Y cómo sé que no es falso?

—No lo sabes, pero tienes un nombre por el que llamarme. Invéntate uno si tanto miedo tienes.

Él apretó la mandíbula con tanta fuerza que Acaulis escuchó el chirrido de los dientes. La magia que ponía en sus palabras debería calmarlo y, aun así, parecía a punto de volver a atacarla al quedarse sin sitio para retroceder. El muchacho sacudió la mano sin verdadera violencia para romper el contacto y mordió, de un modo más verbal que físico, sus siguientes palabras:

—Prefiero no hacerlo. Te llamaré hada y tú puedes llamarme humano. Me da la impresión de que esto te joroba más a ti que a mí.

La reina inspiró con suavidad y colocó magia en su aliento para relajarlo. Después se retiró, encogiéndose de hombros como si nada de eso la molestara. No le molestaba. No del todo.

—Como quieras. Aunque ya te advierto que la magia de las palabras es algo más de bruxas que de hadas, mi querido

humano. —Él se estremeció sin decir nada más—. En fin, hay una celebración en tu honor, para festejar tu presencia y la esperanza que supone tenerte con nosotras. Como reina, debo marcharme ya. Puedes unirte, pero te recomiendo no beber ningún vino dorado, y si tienes hambre, búscame. Nuestra comida puede… Puede no sentarte bien.

Acaulis se levantó y luchó contra el impulso de secarse las palmas en la falda del vestido. Le sudaban las manos y eso era extraño. No podía estar nerviosa, no por un humano: era su momento y no dejaría que un pequeño conflicto la empequeñeciera. Ese al menos podía solucionarlo, calmarlo, atraerlo, tenerlo comiendo de la mano como si solo fuera un corzo.

Apartó la cortina fina y transparente como una gigantesca hoja de abedul y, antes de reunirse con Galanthus, que la esperaba fuera, le dijo:

—Si también has oído que con nuestra música puedes bailar hasta quedarte sin pies, es verdad. Pero no te daremos tanto tiempo porque, en cuanto amanezca, todas tenemos nuestra vida y nuestras tareas.

No permitió que el joven replicara o protestara, cogió a su compañera del brazo y avanzaron hacia las largas mesas repletas de manjares. La música comenzó a sonar, amortiguando su conversación.

—¿No podrías aplacarlo con más magia? Se está resistiendo mucho.

—Le he dado toda la que puedo.

—Esto suena mal, Acaulis —le susurró al oído, aunque con la creciente algarabía, era innecesario—. ¿Te estaba esperando en el ibón y se resiste a la magia? De verdad que no quiero que sea así, pero…

—Lo sé —suspiró la reina. Aunque no tenía pruebas de nada, los hechos resultaban demasiado convenientes—. Puede que venga a matarme. Igual que su predecesor mató a mi madre.